

Tino es un niño muy divertido que aprendió a jugar con sus miedos.

En un principio su miedo lo paralizaba, le ponía los pelos de punta y sus ojos casi se desorbitaban.

Cuando lo conoció era como una nube gaseosa de color grisácea, después se fue transformando en una masa horrorosa, tomaba formas extrañas y era muy apestosa.

Se aparecía por la noche cuando Tino estaba solo, se comía las luces de su cuarto, todo se ponía muy oscuro, Tino sentía que iba a darle un infarto.

El Miedo tomaba formas distintas, arañas monstruosas, brujas escandalosas, animales salvajes hasta hombres con trajes.

El miedo quería jugar, pero Tino no entendía el juego, solo quería llorar y alejarse para buscar [tranquilidad](#).

Cada vez que el miedo visitaba a Tino, crecía un kilómetro y subía más de un kilo.

Entre más lo observaba, más su tamaño aumentaba. Cambiaba de forma y color, rojo para el fuego, blanco de fantasma. A Tino le dolía la panza.

Cada que aparecía, Tino gritaba y ya no dormía.

Por miedo a que le comiera, Tino comenzó a alimentar a esta fiera, ya no cabía en la casa, se fue a vivir a la azotea. Ya no sabía qué hacer. Tino quería hacerlo desaparecer.

De pronto se le ocurrió pintarlo de rosa, imaginar que se convertía en una Morsa, suave, amable y hasta cariñosa. Tino comenzó a reír, y el miedo se comenzó a despedir.

Tino aprendió por fin el juego que le permitía controlar su miedo. Tino le cambiaba de forma, lo convertía en salchicha, y en cosas que [en lugar de](#) susto, le causaban dicha.

El miedo se escondía en muchas partes. Tino sentía temor por instantes.

Pero Tino y su miedo platicaron se conocieron y ya no pelearon.

Su miedo siempre se quedó con él, pero ya no le erizaba tanto la piel.